

## ALINA Y OMAR

PRIMER PREMIO del primer Certamen de relatos breves sobre igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. Diputación de Palencia.

*Se amaban con la fuerza de la palmera que hunde sus raíces para ganar altura, con la belleza de una puesta de sol en el desierto y la constancia y fidelidad que engendra el deseo de permanecer unidos para siempre más allá de todo límite.*

*Ella descubrió la dulzura de Omar una tarde en la que ni los pájaros surcaban el aire de tan denso. Omar se miró en sus ojos de almendra y miel, mientras acariciaba su cabello negro y joven, acercando hacia él su cuerpo de niña que vibraba como hoja batida en otoño.*

*-Azahara, mi dulce Azahara...Este será tu nuevo nombre, construiré un palacio para mi reina.*

*Alina apoya el rostro en el pecho de Omar. Sueña a través de sus palabras y se transforma en la más feliz de las princesas de algún cuento. Todo parece sonreírles. Omar estudia Arquitectura y ella Psicología.*

*Llegaron a Madrid, donde se conocieron, procedentes de un país árabe en el que el deseo de apertura hacia las costumbres occidentales había calado entre la juventud de forma clara: era preciso volver los ojos y el corazón hacia un nuevo modelo de vida y de pensamiento, lejos del fanatismo y la intolerancia. Ambos procedían de familias acomodadas y el deseo de los hijos al elegir Madrid para realizar sus estudio fue respetado. Eran jóvenes y responsables y, cuando terminaron sus carreras, decidieron vivir en la ciudad donde había nacido su amor, y que tanto les gustaba.*

*Las familias de los jóvenes hubieran deseado el regreso a su país pero aceptaron su elección.*

*La boda fue suntuosa, porque ambos procedían de familias acomodadas, y se llevó a cabo de acuerdo con los ritos musulmanes.*

*Al volver de la luna de miel, reanudaron sus respectivos trabajos: Alina en el gabinete que había montado con otras dos compañeras de universidad. En él, ayudaba a las mujeres en trámite de separación y prestaba la fuerza necesaria para salir adelante y recuperar la autoestima que, en muchos casos, andaba por los suelos.*

*Alina pensaba en la inmensa suerte que había tenido al enamorarse de Omar. Era un hombre fuerte y generoso, abierto a todas las innovaciones que la vida les presentaba. Tolerante.*

*La estrechaba fuertemente junto a su corazón mientras pronunciaba palabras que calmaban su espíritu igual que el canto de los ruiseñores o el rumor de un riachuelo interrumpiendo el silencio de la alborada.*

*-Alina, eres hermosa como la palmera y la flor del naranjo. Tus ojos iluminan mis noches y las hacen más tibias porque sé que al despertar, de nuevo, mis sueños a tu lado se verán cumplidos. Sabes cambiar la tristeza en alegría, el dolor en calma. Tienen tus manos calor de primavera y suavidad de ébano. Eres mi rosal que cada día estrena belleza y fragancia.*

*Sabe que su hermana Mirna, sin ser desgraciada ni mucho menos, vivía una vida más convencional; de acuerdo con una tradición milenaria, su boda fue pactada. Y tuvo suerte, porque no solía ocurrir con frecuencia: apenas se conocieron ella y Alí se entendieron a las mil maravillas.*

*La joven aceptó el matrimonio sin plantearse ninguna otra posibilidad.*

*En su hogar era feliz y tampoco quería, o, al menos, eso parecía, otra forma de vida. Alina y Mirna eran distintas en su forma de pensar y sentir.*

*Omar trabajaba en un estudio de arquitectos donde la actividad aumentaba, de manera que la plantilla en pocos meses pasó a estar integrada por doce personas.*

*Elegía los encargos y tenía buen ojo para los negocios. El tiempo convertía en realidad todos sus sueños sin, apenas, luchar por ellos. La suerte estaba de su parte. Y la gota que colmó el vaso de amor fue la llegada de la hija. De inmensos ojos negros como la madre y belleza en su rostro.*

*-La llamaremos Fátima, dijo Omar. Su piel es blanca y suave, como un almendro en flor.*

*Al nacer la hija, Omar convenció a Alina de que valía la pena dejar su trabajo para cuidar de la pequeña. A ella le pareció bien.*

*-Cuando tenga unos meses la llevaremos a una guardería, así yo podré seguir en el gabinete.*

*-De acuerdo, dijo Omar.*

*Hombre y mujer, diferentes y complementarios el uno del otro, decidiendo juntos desde un diálogo tolerante, haciendo camino hombro con hombro.*

*Una bruma de inquietud, envuelta en presagios, ha cambiado el cielo de la pareja. Algo está ocurriendo que ella ignora todavía. Nota los ojos del marido escurridizos. No la mira de frente como antes, cuando, medio en serio, medio en broma, le decía al volver a casa:*

*-¿Dónde están mis dos princesas? Aquí llega el esclavo que trabaja para que nada les falte. Deja que me mire en tus ojos para ver cuánto he envejecido...*

*Alina le seguía la broma. Le daba un pequeño empujón y ambos rodaban por el suelo en juegos de amor que ahora – así lo siente – son cada vez más distanciados y fríos. Quizá todo comenzó tras el viaje que realizó para comprobar el avance de una obra que dirigía en ...no recuerda el nombre, pero sabe que se trata de una mezquita.*

*Algunos días, él volvía serio, encerrado en sí mismo y pasaba horas sin hablarle. Quizá tenía que comunicarle algo y no se decidía a hacerlo. Ella juega con la hija y observa. Su*

marido ya no se parece al joven alegre del que se enamoró. Una tarde llegó a casa con un paquete.

-¿Es un regalo? - preguntó ilusionada.

-Espero que te quede bien - respondió en tono lacónico.

Alina lo abrió. Una punzada atravesó su pecho. La prenda se le cayó de las manos. Era un burka. Igual a todos los que los talibanes obligaban a llevar a sus mujeres; significaba la privación de todo derecho por elemental que éste fuera. La mujer, prisionera perpetua, sometida, esclava, mínima expresión. La ropa de vestir amplia, en un intento de borrar cualquier forma del cuerpo femenino. Y con una rejilla para ver lo poco que enmarca el rectángulo ante los ojos, suficiente en su medida ¿para qué más? Al fin y al cabo no vale la pena mirar sintiéndose NADA dentro de la oscuridad.

Oyó su voz, esta vez, autoritaria:

-Póntelo.

-No, Omar, por favor...

Un golpe en la cara la deja sin reaccionar. Nota sus lágrimas quemándole la piel. Omar recoge el burka, se lo pone entre las manos y la empuja hacia el dormitorio mientras le dice:

-Vas a necesitarlo para salir de casa, y nunca sola como hasta ahora. Tampoco tus amigas vendrán a visitarte. No lo permitiré.

Ella sacó fuerzas de su humillación para decirle:

-Ya no eres el mismo, ¿qué te está pasando?

-¡No hagas preguntas! -contestó mientras elevaba, aún más, el tono de su voz. Tu deber de esposa consiste en obedecer y permanecer sumisa.

Cuando Omar se marchó, Alina cogió a su hija en brazos y la apretó contra su corazón como queriéndola proteger de todos los peligros.

-¡Pobre hija mía! Yo que ansiaba para ti un mundo pleno de posibilidades...Y lloró mansamente, como animal herido, sin esperanza. Puso en orden sus pensamientos para,

atando el significado de algunas conversaciones, descubrir el nudo que había sido el desencadenante del problema. Y, entonces, recordó unas palabras de Omar refiriéndose a los talibanes: "son buena gente. Siguen las enseñanzas del libro sagrado en toda su pureza".

Recuerda que habían leído juntos, quizá, sabiendo que su forma de pensar estaba a años luz de la de aquellas personas. Pero la construcción de la nueva mezquita supuso muchas horas de contacto con los practicantes devotos y con alto poder de persuasión. Alina no comprendía cómo era posible que las convicciones de su marido, su apertura al diálogo, su tolerancia, hubiesen dado paso a aquel fanatismo intransigente.

Un día, después de muchos pasados en soledad dentro de la casa, la hija amaneció abrasada por la fiebre. Omar tardaba en volver del trabajo. La puerta cerrada con llave y el teléfono cortado. Las horas, interminables, se sucedían una tras otra, y la pequeña ni siquiera lloraba, atacada por un brote de meningitis.

Cuando él llegó y fueron al hospital, era demasiado tarde.

La madre no sabe si vive o, simplemente, vegeta. Permanece sentada junto a la cuna de la niña la mayor parte del tiempo con la mirada perdida, y de vez en cuando en muda súplica alza los brazos y los dispone como si la hijita viniese a acunarse en ellos.

Mientras, Omar, a su lado, permanece pidiendo perdón una y otra vez por su obcecación. Sabe que tuvo la culpa de lo sucedido y le ha dicho a Alina que todo volverá a ser como antes. Ella no contesta. Su mundo ya no es el que compartieran hace unos pocos años. La vida avanza y teje situaciones nuevas. Pero el amor que muere, no resucita, por más que el hombre insista.